

# **CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA**

## **NUESTRO APORTE PARA UNA NUEVA COLOMBIA**

### **COMUNICADO FINAL DE LOS OBISPOS PARTICIPANTES EN EL SEMINARIO – TALLER SOBRE PROBLEMÁTICA COLOMBIANA**

Desde la pasada Asamblea Plenaria, julio de 2000, los obispos colombianos decidimos realizar un seminario – taller sobre la realidad colombiana. Hemos cumplido nuestro propósito durante los días 13 a 15 de noviembre. Hicimos un serio análisis de la situación con el fin de orientar pastoralmente a la comunidad y animar a la ciudadanía para una mayor participación en la reconstrucción total del País.

#### **1.- EL ESPÍRITU DE NUESTRO ENCUENTRO EPISCOPAL**

Con una perspectiva de fe y responsabilidad patriótica pretendimos discernir nuestro compromiso mediante un ejercicio comunitario. Nos situamos frente al Señor a quien hemos contemplado en este Año del Jubileo y frente a Colombia, “país moralmente enfermo”, como lo definíamos hace ya casi veinte años.

Leímos nuevamente al profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, el Señor me ha ungido; me ha enviado a dar buenas noticias a los humildes, sanar los corazones heridos, anunciar a los desterrados la liberación...Para publicar un año de gracia del Señor” (Is 61, 1- 2) En la perspectiva que señala Jesús en el Evangelio (cf. Lc 4, 14-21), hemos renovado nuestra convicción de haber sido escogidos y enviados para los pobres, los afligidos, los oprimidos, los desplazados, las víctimas numerosas de la injusticia, la exclusión y la violencia hoy en Colombia. En el ambiente actual de Colombia hemos de encontrar muchos que, en virtud de su compromiso cristiano, vayan creando condiciones de justicia y equidad.

Nuestra misión aquí y ahora es mantener viva la esperanza; nos orientamos, con nuestras comunidades, a la construcción de una **NUEVA COLOMBIA**, apoyados en la fuerza que nos da Jesucristo, el Señor de la historia y en la buena voluntad de todos aquellos a quienes les “duele” el País.

## **2.- ANTE LA REALIDAD POLÍTICA, SOCIAL Y ECONÓMICA.**

La situación económica, social y política ha aparecido ante nuestros ojos reflejada en los rostros de la creciente pobreza en la que se ve sumergido un número cada vez más grande de colombianos. Por eso comprendemos que es necesario renovar nuestro propósito de trabajar, decidida e incansablemente, en la predicación y promoción de un nuevo orden económico y social que abra horizontes nuevos a quienes más lo necesitan. Tendremos muy presentes las orientaciones que ya nos entregó el Papa Juan Pablo II durante su visita pastoral a Colombia en 1986: “La Iglesia no puede, en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios. Esto forma parte del amor preferencial por los pobres y no puede desligarse de los grandes principios y exigencias de la doctrina social de la Iglesia, cuyo ‘objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios, y la tutela de sus derechos inalienables’ -Puebla ,475-. Por ello, un aspecto insoslayable de la evangelización de los más pobres es dar mayor vigor a una activa preocupación social, guiados siempre por la Palabra de Dios, en sintonía perfecta con el Magisterio de la Iglesia y en íntima comunión con los Pastores” (**JUAN PABLO II, *Servicio a los pobres desde el Evangelio***, Medellín, Estadio Atanasio Girardot, 05.07.86, n. 6).

## **3.- LOS DERECHOS DE CADA UNO DE LOS COLOMBIANOS**

Reconocemos la dignidad de cada hombre y mujer colombianos como criaturas de Dios, redimidos por el Señor Jesucristo. Reconocemos, además, con tremendo realismo, que el olvido del mandato “NO MATARÁS” nos ha sumido en la situación de muerte en la que ahora nos encontramos. Los atentados contra la vida humana de personas y grupos, la privación de la libertad por el secuestro, la negación de los derechos de niños, mujeres y ancianos, la destrucción de bienes que han de servir para la realización de una vida digna, nos afectan de manera terrible. Por eso consideramos necesario denunciar y rechazar todos los secuestros, las desapariciones forzadas, las acciones terroristas, masacres, asesinatos vengan de donde vinieren, sean sus autores grupos insurgentes, movimientos de autodefensa o delincuencia común, o abusos de la fuerza pública.. Reafirmamos nuestro propósito indeclinable de defender los Derechos de todos los colombianos, hijos de Dios, miembros de gran familia humana.

Consideramos que estos largos años de violencia, vividos en el País, han sido testigos de violaciones de los derechos fundamentales de muchas personas y que, en muchos casos estos crímenes han quedado en la más absoluta impunidad. Se hace necesaria una gran pedagogía del perdón cristiano y de la reconciliación; se deben reconocer las faltas; se ha de reparar el daño causado.

Queremos continuar con las iniciativas de educación y experiencias que conduzcan a un mejor conocimiento y a una puesta en práctica de los Derechos Humanos nacidos del Evangelio de Jesucristo.

#### **4.- LA PAZ Y LA RECONCILIACIÓN DE LOS COLOMBIANOS**

Somos conscientes de la crisis que, con relación a la paz, vive nuestro país. Las heridas a la paz no son únicamente las que vienen de la confrontación armada. En una visión global del problema se deben colocar también el narcotráfico, el tráfico de armas, la corrupción, el empobrecimiento y la exclusión, el paramilitarismo y las autodefensas y , sobre todo, la evidente violación a los derechos humanos y la destrucción de valiosos recursos naturales.

Reafirmamos lo que ya hemos repetido en múltiples ocasiones. Nuestro propósito es el trabajo por una paz integral, la “cultura de paz”. En cuanto al conflicto armado reiteramos nuestro convencimiento: solo se superará a través de la negociación política, cuyo núcleo fundamental es el diálogo sincero y veraz de las partes en la búsqueda de una nueva visión de Colombia, dentro de un marco de justicia social y un nuevo estilo de convivencia.

Lamentamos profundamente la decisión unilateral de las FARC – EP al decidir que “los actuales diálogos deben ser congelados”. Este hecho causa una nueva frustración a un pueblo, agobiado por la violencia de una guerra que pierde cada vez más su sentido y sus seguidores. Esperábamos, más bien, que se iniciaran las conversaciones para llegar pronto a acuerdos humanitarios con el al cese al fuego y a las hostilidades.

No encontramos justificación suficiente para congelar el diálogo puesto que las denuncias y preocupaciones señaladas por el citado grupo insurgente forman parte de las conversaciones previas a los acuerdos humanitarios. Nos preocupa que se convierta el proceso de paz en una estrategia de guerra.

No aceptamos que se nos maltrate injustamente identificándonos como “aparato del Estado que presenta una alternativa política terrorista”. Ningún Obispo ha convocado a la guerra contra la insurgencia, mucho menos contra el movimiento popular, tampoco hemos guardado “reverencial silencio ‘frente’ a las monstruosas matanzas cotidianas” vengan de dónde vinieren.

Consideramos elemento esencial del Evangelio el anuncio de la paz. Estamos dispuestos a continuar, con todos los colombianos pues la paz depende de todos, nuestra labor pacificadora por las vías que ya se nos indican en el Evangelio de

Jesucristo y en la Doctrina Social de la Iglesia. Es la paz integral, sin violencia, que se va sembrando en el corazón de todos los colombianos y colombianas desde su más tierna infancia.

### **Conclusión**

Si bien hemos estudiado la “problemática colombiana” hemos procurado hacerlo desde dos perspectivas que son eminentemente evangélicas y profundamente pastorales.

La primera es el amor a Colombia. Somos patriotas en el mejor sentido de la palabra. Recordamos que el **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA** nos indica que “el amor y el servicio de la patria forman parte del deber de gratitud y del orden de la caridad” (n. 2239).

La segunda es la esperanza cristiana. Quienes tantas veces hemos repetido que Jesucristo es “el mismo, ayer, hoy y siempre” (**Heb** 13,8), sabemos bien que Él “se hizo nuestro compañero de viaje y dio nuevo significado a la historia, que es un camino recorrido juntos en las penas y los sufrimientos, en la fidelidad y el amor, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva” (cf. **JUAN PABLO II**, Oración para el año 2000). En la esperanza afirmamos que en nuestro camino hacia la **NUEVA COLOMBIA** no estamos solos, Cristo y María marchan con nosotros.

Por los Obispos participantes al Seminario – Taller.

+ Alberto Giraldo Jaramillo  
Arzobispo de Medellín  
Presidente de la Conferencia Episcopal

Bogotá, D.C., 16 de noviembre de 2000